

ción exterior hizo del Papa un jefe indiscutido de la religión en Occidente, un obispo general. Pero en aquellos tiempos de fuerza y violencia, este esbozo de unidad no podía cobrar vida, si no se disponía de la espada. 5. Lo comprendieron así los pontífices; de aquí su alianza con los carolingios, solos capaces de unificar á los germanos; ellos crearon el poder temporal, indispensable á la libre acción del obispo de Roma, y lo desembarazaron de enemigos, en cambio de la resurrección del imperio de Occidente en provecho de la dinastía nueva. 6. Mas esta dualidad, que era, según la teoría, una unidad, la del alma y el cuerpo, era facticia, era una apariencia, contrariaba las tendencias de la raza y la diversidad del *medio*. Pronto disueltá, hubo necesidad de recomenzarlo todo en bien distintas condiciones. 7. Pero si el designio total no se logró, la obra, repetimos, no fué vana, porque permitió á la Iglesia prosperar la organización del mundo bárbaro, cristianizándolo, pacificándolo y educándolo; en suma, le permitió constituirse en la representante eximia de la civilización humana.

### PERIODO DEL FEUDALISMO.

(Siglo XI á Siglo XIII.)

*Subdivisiones: 1ª Constitución del Feudalismo.—2ª La Iglesia y el nuevo imperio germánico.—3ª El régimen católico feudal.—4ª El Siglo XIII.*

### CONSTITUCIÓN DEL FEUDALISMO.

1. Origen merovingio y crecimiento carolingio del feudalismo.—2. Su establecimiento y desenvolvimiento en los Siglos X y XI.—3. La Sociedad feudal.

1. Al desaparecer los carolingios y con ellos la tentativa de reunificar el antiguo imperio romano de Occidente, la transformación de la sociedad antigua en la medioeval se ha consumado. Aquella sociedad estaba organizada para la paz, ésta para la guerra; en aquella todo era concentración, en ésta todo es dispersión; en aquella el Estado era todo, en ésta casi no es nada. ¿Entonces la sociedad feudal era una anar-

quía? No; era una *poliarquía*; no era la desaparición, sino la pulverización del Gobierno. Vamos á explicar sucintamente cómo creció, dominó y decayó este estado de cosas que se llamó "el régimen feudal" y tomamos por tipo el feudalismo francés, porque fué el que se desenvolvió más pronta y completamente; á él nos será fácil referir el feudalismo alemán, italiano, español é inglés.—La constitución del grupo germano invasor y la de la aristocracia territorial entre los romanos, son los dos más retirados antecedentes del sistema feudal; germano es el pacto que ligaba al hombre libre con su *herzog* ó su *koenig* en la guerra que lo constituía en su fiel ó *leude*, en su *hombre* é imponía el deber al caudillo de recompensar esta fidelidad con armas ó caballos, antes de las invasiones, y después con parcelas de tierra. Así comenzó la clase de propietarios rurales entre los germanos, al lado y á expensas frecuentemente de los propietarios romanos. Estos, sometidos al impuesto, á la justicia y á la policía del Estado, gozaban de la propiedad completa y podían enajenar, donar y legar libremente sus bienes; este tipo de la propiedad romana, es en suma, el del derecho civil actual, pero no era así la propiedad otorgada al guerrero germano; ésta tenía el carácter de la que los romanos llamaban *beneficio*, que en realidad era usufructuaria, podía ser revocada por el donante y no podía dejarse en herencia sin su venia. El sistema de la propiedad feudal nace de estas dos corrientes que se confunden; desde luego los germanos quisieron que sus beneficios fuesen hereditarios y ya en los tiempos de los merovingios lo fueron. ¿Por qué? La explicación está en la espantosa lucha secular de los dinastas merovingios entre sí, y como ni había ejército permanente, ni había impuesto, era preciso recurrir á los leudes, á los fieles, y aumentar sus privilegios y rendirse á sus exigencias; este es el secreto de todo el desenvolvimiento de la institución feudal. ¿Qué fueron, en suma, los carolingios, mas que una familia de antiguos beneficiados que adquiere dominios inmensos en Ostrasia y los transmite de generación en generación hasta hacer suyo al país y al monarca? Carlo Magno contuvo con el poder de que disponía al feudalismo que avanzó poco, durante su reinado, pero que almacenó nueva fuerza para el porvenir, porque el emperador lo organizó; protegió á los hombres libres que querían depender directamente del príncipe, mantuvo el estado precario (es decir á merced del benefactor) del beneficio y aunque dió grandes encargos ó empleos (oficios) en las provincias y en las fronteras del imperio á sus leudes domésticos (á sus

*antrustiones*, leudes de la escolta ó del séquito, *truste*, del monarca), estos oficiales ó condes de las fronteras, *margraves*; ó de las regiones, *landgraves*; ó de los burgos, *burggraves*, eran por regla general dueños de beneficios territoriales en las comarcas que gobernaban como soberanos casi, á pesar de la vigilancia de los *missi dominici* ó inspectores regios. Muerto Carlo Magno, dos grandes factores de disolución empezaron á disgregar ostensiblemente á aquella sociedad ya tan descentralizada por la constitución de la propiedad y por el temperamento mismo del guerrero germano; estos factores fueron: 1.º Las luchas incesantes entre los hijos de Luis el Benigno y sus descendientes. 2.º Las invasiones normandas. El rey Carlos el Calvo, en la famosa capitular de Kiersy (877), confirmó una costumbre que iba haciéndose general, la de que los empleos ú oficios pudiesen heredarse; es decir, que el oficio y el beneficio tendieron á identificarse, y el *leude* fué como dueño de la tierra, dueño de su título y de su oficio; todo lo cual podía recibir una denominación sola, *feudo*, palabra que equivalía á *ganado* en germano antiguo y que quería decir propiedad. Pero este propietario estaba obligado al auxilio feudal para con el soberano, es decir, á formar parte con sus guerreros de la *hueste* del soberano, á acompañar á éste en las asambleas ó *plaid*s de justicia y, en su caso, á someterse á las sentencias de estos tribunales; á tomar participación en los consejos del soberano invitado por éste y á auxiliarlo con dinero cuando éste necesitase pagar su rescate por estar prisionero, cuando armase á su hijo caballero y cuando casase á su hija mayor. Las necesidades de la defensa contra los normandos indujeron á otro rey carolingio á hacer obligatoria la *recomendación*, esto es, que todo hombre libre debía buscarse un señor para constituir grupos de defensa del territorio; á este señor entregaba su tierra y luego la recibía de él en beneficio, quiere decir, sujeta ya á la obligación feudal. Quedó, pues, transformada la propiedad en todo el territorio, en propiedad feudal; si alguna porción de tierra no estaba recomendada, sino poseída por un señor único, ésta no era feudal, sino *alodial*. Sobre la propiedad feudal se constituyó la aristocracia feudal, la nobleza. A su vez el soberano tenía el deber de dar á su vasallo buen consejo, protección en sus guerras privadas ó para obtener una paz honrosa, recta y cumplida justicia, amparar á su viuda y sus huérfanos y no intentar despojarlo de su feudo.

2. Sólo hemos tenido en cuenta el elemento *real*, mas había otro

igualmente importante en el régimen que describimos, el *personal*. También éste tiene su origen en el deber de fidelidad que se imponía el compañero de guerra del caudillo germano; también entre los galoromanos había en la época de la invasión numerosos grupos de personas que, en vista de la debilidad del poder central, se habían hecho una clientela propia que ellos protegían y que les era completamente devota. El hombre fiel á su jefe, recibió pronto el nombre de *vassus* (que al principio quería decir esclavo) y el jefe, el latino de *senior* ó señor. Ya en el siglo carolingio la denominación se había generalizado; hubo *capitulares* que trataran precisamente de organizar las relaciones de señor á *vassus* ó vasallo. Cuando los reyes trataron de obligar á todos los hombres libres á darse un señor y ordenaron las *recomendaciones*, el vasallaje recibió su forma definitiva; el vasallo se reconoció el hombre del señor, mediante un juramento y un ceremonial semi-religioso que recibió el nombre de *homenaje*; cuando éste era absoluto se llamaba pleito-homenaje. El rey lo recibía de los principales señores del reino, éstos de sus vasallos particulares y así sucesivamente hasta los últimos barones, que propiamente no tenían vasallos, sino pecheros y siervos. Se constituyó, pues, una gerarquía y como era hereditaria resultaba una aristocracia, una nobleza, como digimos ya, duques, condes, marqueses hereditarios; los *honores*. En suma, el feudalismo es una disgregación del poder regio, de la soberanía, del Estado germánico; es un régimen nuevo basado sobre estos hechos: subordinación de la tierra á la tierra, es decir, que existía un predio dominante, el del señor, y uno sirviente, el del vasallo; subordinación del individuo al individuo, del vasallo al señor; sobre esta gerarquía se basaba la organización militar, causa y efecto á un tiempo de aquel estado de cosas.—El concepto de la propiedad había sido transformado por los germanos; ser dueño de una tierra implicaba para ellos el dominio político, cosa totalmente distinta del concepto romano; por eso un señor feudal era un rey en su dominio; un rey de segundo ó tercer orden.

3. Para encargarse bien de la composición de la sociedad feudal, hay que tomar en cuenta el modo de ser de los grandes grupos que la formaban, el grupo laico, el eclesiástico y el de los no privilegiados. El primero tenía á su cabeza el rey, un Capeto, heredero de los duques de Francia y que tenía sus cuantiosos bienes patrimoniales en el centro del país; una grada más abajo en la escala estaban los grandes vasallos; éstos ó eran descendientes de funciona-

rios que habían convertido sus *oficios* en feudos como el conde de Flandes, el de Borbón, el duque de Borgoña, el conde de Angulema, el de Tolosa, el marqués de Gothia, el conde de Barcelona, etc. (el ducado de Guyena ó Aquitania, antiguo reino, apenas dependía del rey de Francia). O eran jefes de pueblos convertidos en vasallos, como los duques de los bretones (porción de los celtas que habitaban la isla Británica y que á consecuencia de las invasiones anglo-sajonas habían emigrado hacia la Armorica de Galia, durante los Siglos V y VI, conducidos por sus caudillos ó sus monjes y que dueños de la comarca de su destierro se habían mostrado heroicos é indómitos en sus perennes luchas con los francos y los normandos), los duques de Normandía (la antigua Neustria en que los normandos se habían fijado y transformado en franceses puros) y los de Gascuña (ducado montado sobre los Pirineos y formado en su mayor parte de poblaciones vasconas muy poco sumisas). Debajo de los grandes vasallos estaban los vasallos inferiores ligados con su soberano respectivo, no con el rey, por el homenaje; algunos de estos vasallos inferiores consentían en reconocer á sus seudos soberanos ciertos derechos, como el de que ante ellos pudieran apelar sus vasallos particulares, el de impedir que se acuñase moneda en sus señoríos; pero otros indómitos y bravíos se negaban á todo esto y para obtenerlo necesitaba el señor principal emprender contra ellos campañas formales, no siempre con éxito.

El grupo eclesiástico era tan importante ó más que el primero. Su importancia provenía de la fe supersticiosa de la época, del miedo insensato de las poblaciones hacia los entredichos (suspensión del culto en una comarca) y las excomuniones (expulsión de la comunión cristiana de uno ó muchos individuos) cuyo corolario era una eternidad de tormentos corporales; medios sabia é ingeniosamente empleados por la Iglesia para influir en las imaginaciones poderosas y las rudas y brutales costumbres de la época y contenerlas y disciplinarlas. La fe, la piedad y el miedo compusieron un triple manantial inagotable de riquezas; una parte, la mayor quizás del territorio del imperio carolingio, quedó en manos de los obispos y de los abades. En esos territorios no entraban ni la justicia, ni los recaudadores de impuestos, porque gozaban de *inmunidad*. Se trataba, pues, de soberanías dentro de la general. Las iglesias eran frecuentemente expoliadas, por supuesto; frecuentemente los leudes ó los barones se convertían en obispos ó abades para gozar de aquella riqueza, que además de los casuales,<sup>1</sup> se aumentaba indefinidamente con la obligación de los diezmos y primicias; y la fuerza de la Iglesia en medio del mundo feudal, que era su unidad y su universalidad bajo la dependencia de Roma, estuvo á pique de zozobrar repetidas veces; pero aquel cuerpo lleno de vida se recobraba y sobreponía á todo. Mas esto no fué sin asimilarse el carácter feudal; hubo principados eclesiásticos ó arzobispados que hacían el papel de los grandes vasallajes; sus tierras y sus oficios eran *beneficios* del soberano, en cambio de los deberes feudales, aun el de guerra; buena parte de los obispos y abades de en-

<sup>1</sup> Derechos de bautizos, matrimonios, entierros, etc.

tonces eran temibles guerreros; estos príncipes tenían sus vasallos, eclesiásticos ó laicos, á su vez. La diferencia consistía en que no eran personalmente hereditarios los beneficios eclesiásticos, como lo eran los laicos (circunstancia á que debían éstos toda su fuerza) y en que dependían de otro soberano en su carácter de potencias espirituales; de todos modos contribuían en grande escala á aumentar la pulverización de la idea romana de Estado y de la soberanía general.

Barones, obispos y abades feudales tenían á sus piés una inmensa masa humana, los no privilegiados: hombres libres que no pertenecían á la nobleza señorial, villanos [*vilains*] como se les designaba generalmente; estos hombres libres apenas lo eran; su persona era libre *de derecho*, pero estaban obligados á prestar servicios personales de todo género y de una inmensa variedad al señor laico ó eclesiástico (desde defender el castillo, hasta en algunas partes espantar las ranas que en los fosos podían turbar el sueño del obispo), servicios que los franceses comprendían bajo el nombre genérico de *corvées*, y á dar al señor una parte de los productos de su trabajo, en la época y cantidad pactadas de antemano, estas eran las *tailles*.<sup>1</sup> Pero si esta *fijeza* y esta *perpetuidad* en las obligaciones prosperaron lentamente á la clase rural, á pesar de sus dolores y sus miserias, en realidad se compuso casi de siervos; en los comienzos, porque el barón era su señor absoluto, él se encargaba de la justicia y de su fallo no había apelación, á menos de un pacto contrario; por consiguiente el villano libre ó *roturier* (labrador) estaba á su merced. En lo más bajo de la escala estaban los esclavos; pero entre éstos, cada vez en menor número y los *roturiers*, se había formado la clase intermedia de los *siervos*, cuyos servicios personales y reales no estaban sometidos á pacto alguno, sino á la voluntad y arbitrio del señor. Sin embargo, el *uso* había admitido que no pudieran ser desposeídos del terruño ó *gleba* que cultivaban; y que no fueran objeto de venta en lo personal, sino con la tierra; se les llama por eso *siervos de la gleba*. En las ciudades, los gremios ó corporaciones de burgueses (industriales ó mercaderes) tenían celebrados con sus señores ú obispos diversas clases de pactos análogos á los de las clases rurales.

El mundo de Occidente había verificado su paso definitivo de la *Paz Romana* á la *Guerra feudal* que queda organizada durante los Siglos X y XI. El organismo nuevo, hijo de la guerra, se mantenía por la guerra. Guerras entre los reyes, entre éstos y sus vasallos, entre los vasallos; guerras entre los feudatarios, laicos y los eclesiásticos; guerras entre éstos, papas contra papas, obispos contra obispos, todo era guerra; bien lo decía el aspecto material de aquella época; los hombres y los caballos vestidos de sendas camisas de fierro, calzados y tocados de fierro, guarecidos detras de castillos, levantados en los comienzos contra las invasiones de los sarracenos y los normandos y luego para servir de puntos estratégicos en aquel infinito movimiento de las guerras pri-

<sup>1</sup> Los derechos del señor respecto del villano no eran *feudales* sino *señoriales*; los primeros nacían de los pactos entre nobles solamente.

vadas. Ahí se erguía la alta torre en que se verificaba la ceremonia del homenaje, en donde el castellano y los guerreros se reunían á repartirse el botín y embriagarse á la continua, mientras la castellana rezaba con su capellán, que generalmente era un siervo, y tocaba el arpa ó el laud. La plaza de armas dominada por la torre del homenaje, estaba rodeada de rudas construcciones que hacían á veces inexpugnable aquellas fortalezas encaramadas en las rocas, erigidas en los desfiladeros, dominando los cursos de los ríos, metiéndose en las ciudades, que á su vez se amurallaban y se almenaban, como se amurallaba el monasterio y la iglesia que erigía su torre para vigilar los caminos y tocaba su campana de alarma cuando aparecía la hueste enemiga. Ésta pasaba como un alud de fierro, incendiando todo, las mieses, la cosecha, la cabaña, la aldea, robándose á los campesinos, ultrajando á las mujeres, matando y talando sin piedad. Así era la guerra de entonces y el que triunfaba tenía á Dios de su parte. De aquí los duelos constantes entre los nobles y de aquí los *juicios de Dios*, en que, para decidir de qué lado estaba la justicia y el derecho en cualquier litigio, se recurría á la prueba de las armas. La Iglesia luchaba en los concilios contra este espantoso estado, pero los obispos y los abades eran los primeros en desobedecerlos. El campesino sufría horriblemente; á la destrucción y al incendio en permanencia, sucedían las hambres espantosas que duraban años y años, en que luchaban los hombres y las fieras por devorarse y en que el canibalismo se hacía general. Y al hambre sucedía la peste, esas terribles epidemias de la Edad Media, que agostaban la población de Europa y que por la falta de higiene tomaban los aspectos más extraordinarios, verdaderos caprichos satánicos de la naturaleza. Aquella sociedad habría perecido, sin el supremo esfuerzo político y moral hecho por la Iglesia para unificarla y disciplinarla; mas quedaban, en medio de tanta obscuridad y de tamaños horrores, gérmenes de vida, en su misma diversidad; porque si por todas partes imperaba la guerra, esa misma guerra formó grupos de resistencia poderosos destinados á transformar más tarde el feudalismo, creando los derechos de los desheredados; porque á más del hecho de la guerra, había la costumbre del pacto, del contrato, que se iba extendiendo á todas las relaciones humanas, lo mismo á las de los feudales entre sí, que á las de éstos y los campesinos y hasta de los siervos; y este régimen contractual era en suma un régimen de libertad. Hacer el orden en ese caos, era el gran problema de aquellos siglos.

## LA IGLESIA Y EL NUEVO IMPERIO GERMÁNICO.

1. El feudalismo en Alemania; Enrique el Fundador.—2. El feudalismo en Italia; los Pontífices.—3. La casa de Sajonia; la Unificación.—4. La Reforma eclesiástica; la querrela de las Investiduras y la casa de Franconia.

1. Si el aspecto dominante del feudalismo es la división, con tendencias á ser ilimitada, el mundo civilizado entero lo tenía; lo mismo los califatos árabes que los reinos cristianos, lo mismo el imperio bizantino que los países escandinavos, lo mismo los incipientes reinos eslavos que los nacientes reinos españoles. Entre todos estos feudalismos hay diferencias, pero el fondo es el mismo. En Alemania, al desaparecer los carolingios, quedó desnuda, digámoslo así, la gran distribución germánica de la antigua unidad; el vasto territorio de Sajonia que se extiende desde el Rhin hasta las marcas establecidas sobre el Elba y junto al Báltico, para combatir á los eslavos y á los escandinavos, forma con Thuringia un ducado que era casi un reino independiente cuyos duques descendían de Carlo Magno; al Sur el antiguo reino de Baviera, dividido en condados por el gran emperador se reconstituye, gracias á las necesidades de la lucha contra los magyares ó húngaros y al valor y la tenacidad de otros descendientes indirectos de los carolingios; el ducado de Suavia también se bosqueja ya en los de Alemania y Alsacia; el grupo franco que había quedado establecido sobre el Main y el Neckar, después de terribles luchas, forma un ducado de Franconia bajo Conrado I; situado entre Francia y Germania el antiguo territorio de Lothario, encuentra señores, que aprovechándose de las rivalidades de los dos pueblos vecinos constituyen el ducado de Lorena. Los duques reciben la investidura del rey ó el emperador, forman el consejo de éstos en la paz y mandan los ejércitos en la guerra; ellos para poder ser á su vez reyes ó emperadores tratan de impedir que este encargo sea hereditario, pero los suyos sí lo son. En cambio en cada ducado hay muchos condes, restos de la antigua organización administrativa, casi independientes de sus duques y que, casi siempre apoyándose en los reyes, limitan el poder de aquellos, y hay también mucha mayor cantidad que en Francia de hombres libres de todo vínculo feudal. Además, el feudalismo eclesiástico era potentísimo en Alemania; los obispos de Colonia, Treveris, Salzburgo, Cons-

tanza y los abades de S. Gall, de Fulda, etc., tenían á sus órdenes tantos ó más condes y vasallos y siervos que los duques; gozaban de toda especie de inmunidades, acuñaban moneda, morían en los campos de batalla y acompañaban al emperador al frente de sus huestes, en sus grandes luchas con el Papa.—Arnulfo, un bastardo carolingio, hace un vano alarde de restauración imperial ayudado por los príncipes eclesiásticos; su hijo Luis es testigo de las terribles invasiones húngaras y muere; bajo la presidencia del arzobispo de Maguncia, los nobles eclesiásticos y laicos dan la corona al duque de Franconia, Conrado, y á la muerte de éste, á Enrique, duque de Sajonia (919), proclamado rey de Sajones y Francos y que logró por la fuerza á veces y, sobre todo, por medio de concesiones, reunir bajo su cetro los cinco grandes ducados. Los magyares, de origen tártaro, como los hunos, que llamados por los príncipes alemanes, hacían incursiones feroces, incendiando y talando sin piedad, al través de Alemania hasta el corazón de Francia y de Italia, partían de sus aldeas fijadas ya en el curso medio del Danubio. Enrique hizo levantar buen número de plazas fuertes, sobre todo en su territorio patrimonial, para defenderse contra los eslavos del Este y los de Bohemia (Tzekes) que le rindieron tributos; venció á los húngaros y erigió magníficos monasterios. Los historiadores alemanes llaman con razón á este notable príncipe, Enrique el fundador. Murió en 936.

2. El feudalismo italiano tiene también caracteres distintos del francés. Estaba limitado por el poder de los obispos y por la incipiente autonomía de los municipios y repúblicas marítimas. Había en la marca oriental (Friul) un señor poderoso que sojuzgaba la Lombardía y el Veneto; otro marqués, el de Ivrea, dominaba desde los Alpes al Piamonte; los poderosos obispos de Milán y de Turín, las repúblicas de Venecia y Génova, ponían frecuentemente á raya el poder de estos magnates. En la Italia Central, los duques de Toscana eran también poderosos; lo mismo que en Umbria los de Spoleto, mas el obispo de Ravenna, que aun solía considerarse dependiente del patriarca griego, tenía casi tanto poder como ellos. Lo mismo al Sur, el ducado de Benevento, los principados de Tarento y Capua, el príncipe obispo de Nápoles, dependían apenas de los emperadores bizantinos; las prósperas repúblicas de Gaeta y Amalfi, señoreaban en parte el Mediterráneo y la última ponía en observancia el primero de los códigos marítimos. De este laberinto feudal, en que sólo hemos marcado los puntos

culminantes, surgía un rey de Italia ó de Lombardos y á las veces un emperador efímero que el Papa reinante consagraba de grado ó por fuerza en Roma; ya era un rey de Provenza, ya un duque de Friul, ya uno de Spoleto, ya un rey de Borgoña, que así se llamaba toda la parte de la antigua herencia de Lothario I, ocupada por la cuenca del Ródano y que se dividía en dos Borgoñas (con ellas se formó algún tiempo después el reino de Arles, que se consideraba como parte del Imperio germánico). Todos estos ambiciosos lucharon con una parte de los grandes feudales en contra de la otra, recurriendo á todos los crímenes, combatiendo unas veces á los sarracenos y á los magyares, llamándolos otros al territorio italiano en donde sembraban el espanto y la ruina, dando el poder á mujeres llenas de ambición, de lujuria y de belleza que realizaban las más criminales intrigas y envolvían en ellas el prestigio y la honra de los papas.—La creación del poder temporal tuvo la consecuencia forzosa de hacer de la Silla de Pedro, un objeto de codicia humana y positiva, porque era muy pingüe en sus rentas y tenía la prerrogativa de la consagración de los emperadores. Las elecciones de los papas, que desde sus comienzos habían sido motivo frecuente de intrigas y de sangrientas luchas entre los electores (el clero, la nobleza ó *ejército feliz* y el populacho), desde que en *el Siglo de fierro* comenzó el imperio absoluto de las facciones, fueron obra que más parecía satánica que divina. Cuando el papa Formosio contribuyó á fines del noveno siglo á restaurar en Italia el poder de los germanos, con esperanza de obtener la pacificación general, coronando al bastardo carolingio, Arnulfo, atrajo una espantosa reacción; su cadáver fué desenterrado, decapitado y condenado al infierno por su sucesor y las facciones que acaudillaban Marozia y Theodora, concubinas ó esposas de los duques de Spoleto y de Toscana, ó de algún efímero rey italiano, dispuso á su antojo de la Santa Sede, en donde colocaron á sus amantes y á sus hijos. La abominación de la desolación invadió el santuario, dice el cardenal Baronio; después de una serie de escándalos y de torpezas inenarrables, un hijo de Marozia que se había apoderado del gobierno de Roma con el título de *patricio*, deja al morir su título á su hijo de diez y ocho años, Octaviano, y lo hace nombrar papa. Este á quien los cronistas pintan como un monstruo, que reunió todos los vicios de los Nerones y los Elagábalos, fué el primer pontífice que cambió su nombre; se llamó Juan XII. A fuer de buen feudal reclamó un vasto territorio como feudo de la Iglesia; el

que se llamaba entonces rey de Italia, se resistió y el papa llamó á Italia á Ottón I, rey germánico (960).

3. Este príncipe ha merecido de la historia el sobrenombre de Grande; la figura de Carlo Magno, agigantada ya por la leyenda, cubre como una gran sombra á la nueva monarquía; así como el emperador franco soñaba con la restauración del imperio romano de Occidente y creyó que lo había restaurado, cuando no había realizado más que una enorme aglomeración, el nuevo rey sajón y todos sus sucesores soñaron con restaurar el imperio de Carlo Magno, con sus caracteres de católico y romano, que eran facticios y quiméricos. Ottón se aprovechó de la obra de su padre y la continuó; coronado con inusitada pompa junto á la tumba de Carlo Magno fué declarado según una fórmula que persistió en lo de adelante "rey de los francos, propuesto por su padre, elegido por Dios y hecho rey por los príncipes." Comienza por someter á su autoridad al ducado de Baviera y luego á los de Franconia y Lorena, que coaligados con los reyes de Francia, algunos príncipes eclesiásticos y un hermano de Ottón, habían promovido en el Occidente una vasta rebelión, penetra en el corazón de Francia y trata á los grandes vasallos de los últimos carolingios como si él fuera su soberano. En Alemania coloca á los miembros de su familia al frente de los principales Estados; extiende las fronteras alemanas á expensas de los eslavos; su casamiento con la viuda de uno de tantos reyes italianos, Lothario, asesinado probablemente, con la famosa Adelaida, lo decide á una intervención radical en los asuntos italianos; el papa mismo lo convidaba, mas la rebelión de un hijo suyo y una espantosa algarada de los húngaros lo retiene en Alemania y sólo cuando los magyares reciben el golpe de gracia en el *Lech* (955), y Alemania libre ó sometida lo aclamaba como un nuevo Carlos, penetró en Italia y fué á Roma, en donde el nieto de Marozia lo ungió emperador y augusto; así nació en 962 el *Santo imperio romano germánico*, que había de durar, como una especie de espectro histórico, hasta los umbrales de la edad contemporánea.—Se dice que Ottón, en cambio, cedió un vasto territorio al Papa, comprendiendo en él á las ciudades de Venecia, Spoleto, Benevento y la isla de Sicilia; si la cesión fuese cierta, lo que no se probará nunca, tenía el carácter puramente feudal, era un beneficio que constituía al papa en un gran vasallo del santo imperio. El jóven Juan XII reclamó el cumplimiento de las promesas y tomó la actitud de un rebelde; Ottón se apoderó de Roma á viva fuerza y de-

puesto el papa por un sínodo *ad hoc*, es nombrado en su lugar un laico, hecho diácono y presbítero después de su elección; ésta no pudo ser más ilegítima y, sin embargo, los sucesores de León VIII (y no los del electo conforme á las reglas á la muerte de Juan XII, con el nombre de Benedicto V) son los de Pedro. Cuando los romanos aterrorizados por los sajones de Ottón, que todo lo devastaban y arruinaban, quedaron sometidos, Ottón, que había hecho consagrar á su hijo emperador por Juan XIII, hechura suya, y lo había casado con la princesa Teofania, de la dinastía de los macedonios bizantinos, vuelve á Alemania y muere en 973.

Su hijo Ottón II continúa su obra; muy joven y bajo la influencia directa de la bizantina su esposa y de la italiana su madre, la ambición de dominar el mundo con la espada y con la tiara, de que se consideraba dueño, fué su guía; pero primero lo retuvieron en Alemania las eternas disputas á que daba origen entre francos y teutones el ducado de Lorena, y que atizaban y explotaban contra la agonizante dinastía carolingia los duques de Francia, los futuros *Capetos*; Ottón en una nueva invasión de Francia llegó hasta Paris, baluarte de la familia destinada á reinar. Luego fué á Roma y penetró en el Sur de Italia con objeto de expulsar de ahí á los bizantinos, y triunfante primero, pero después vencido, muere mientras preparaba nuevas expediciones. Su hijo de tres años, Ottón III, le sucede; cuando este príncipe llegó á los diez y seis años, bajo la tutela de Teofania y de su anciana abuela Adelaida, graves acontecimientos habían pasado, sobre todo, el gran acto de independencia de la Iglesia de Francia que se declaró superior al pontífice y proclamando la caducidad de los carolingios había entronizado en Francia á un príncipe laico, pero que podía considerar como uno de sus miembros, porque era varias veces abad, á Hugo Capeto, en suma.—En Italia los papas eran hechura ó vivían bajo la tutela del más poderoso jefe de facción que había entonces, Crescencio; Ottón se hizo ungir emperador, é hizo á un papa; Crescencio hizo á su vez otro que fué castigado por los fieles de Ottón con bárbaros tormentos, mientras Crescencio arrojado desde lo alto del castillo de St. Angelo era arrastrado por las calles. El pavoroso año de mil se acercaba, el *siglo de fierro* debía acabar en una catástrofe universal, según una interpretación popular del *apocalipsis*; signos terribles lo anunciaban, hambres, epidemias, precedían al cataclismo. Muchos y muchas hacían penitencia y devolvían á la Iglesia los bienes usurpados

en forma de donaciones; el mundo, dice un cronista, se cubrió de Iglesias, como de una túnica blanca..... Ottón III hizo papa á su preceptor, un monje francés, Gerbert, que tomó el nombre de Silvestre II.—Este ilustre fraile, el hombre más docto de su tiempo, que en los monasterios catalanes había aprendido la ciencia árabe, después de una vida tempestuosa, unas veces favorito de los emperadores alemanes, otras de los nuevos reyes de Francia, cuya iglesia lo puso á su cabeza en el arzobispado de Reims, de que lo desposeyó un papa y por último preceptor y director de Ottón III, desplegó un celo vivísimo, inició serias reformas, recibió la sumisión formal del primer rey cristiano de Hungría (San Estéban) que se consideraba vasallo de S. Pedro y concibió la idea de las cruzadas para rescatar el Santo Sepulcro. Después de medio siglo de gobernar al pontificado como señores absolutos, los ottonidas, en la cabeza del tercero de ellos, celebraban un pacto de unión y concordia con el sucesor del apóstol; ideal de los político-teólogos de la época. El joven emperador dió un aspecto completamente bizantino á su corte y pretendió establecer su capital en Roma, desde donde más ó menos directamente pretendía gobernar el Occidente, como que era Rey de Reyes.—El poder imperial podía considerarse en su apogeo y la unificación consumada. La teoría imperial, que luego debían formular perfeccionada los jurisconsultos romanistas de Bolonia y Sto. Tomás de Aquino y Dante Alighieri, ya podía condensarse en estos términos: “el imperio romano había sido legítimamente universal (lo que se probaba por la historia de Eneas, antecesor de Julio César), protegido por Dios (lo decían los milagros de la historia romana), anunciado por los profetas (visión de Daniel), escogido por Cristo para nacer en él y reconocido de origen divino por las palabras del Salvador á Pilatos; el imperio transferido á Constantinopla había vuelto á tener por cabeza á Roma, gracias á los francos y á los pontífices; pertenecía de derecho, por ende, á la nación germánica; Carlo Magno y Ottón eran, pues, los sucesores directos de los emperadores romanos; en ellos se personificaban los designios de Dios sobre el gobierno del mundo.—Mas el imperio no es la sola autoridad; así como en el hombre hay dos naturalezas, la espiritual y la temporal, así en el mundo hay la tierra y el cielo; el emperador es el guía en la tierra, el pontífice lo es para el cielo; son en realidad las dos únicas autoridades.” En los primeros años del siglo XI, murieron el emperador y el papa Silvestre, *el brujo*, como le llamaba el pueblo.

4. En las poblaciones educadas por el imperio romano, se había convertido en hábito hereditario, es decir, en instinto, la tendencia hacia una vida de cerca ó de lejos cuidada y garantida por la autoridad; este instinto fué el ancla que mantuvo obscura pero fuertemente unido á la cultura latina al mundo medioeval y al través del caos feudal dió toda su importancia como centro ó clave de aquel disgregado organismo á Roma y al pontificado. De aquí este fenómeno raro: á pesar de la indescriptible depravación de costumbres de la corte romana, de las cortesanas fabricando papas, de los emperadores nombrándolos y del pueblo y las facciones haciendo los suyos en sangrientas y vergonzosas elecciones ó deshaciéndolos con crímenes horrendos, la cristiandad occidental se mantenía obediente á los pontífices. Los obispados en que se reproducían las escenas romanas se mantenían obedientes en principio, con temporales excepciones, al obispo de Roma, en quien primero reconocieron un superior, luego un jefe y por último un monarca; á eso debe atribuirse el buen éxito de la compilación de supuestos decretos de los pontífices fabricado en el Oeste de Francia (las falsas Decretales), en que se formulaba la supremacía del papa sobre la Iglesia entera, lo mismo sobre los obispos que sobre los concilios y hasta los soberanos. Todos usaron de esa compilación y en ella se apoyaron por bastante tiempo los derechos pontificios. Pero si la Iglesia obedecía y, por consiguiente, podía ser reformada, en cambio las costumbres del clero la disolvían. Los obispos y abades eran simples señores feudales que en la guerra combatiendo y en la paz holgando, no se diferenciaban en nada de éstos. Codiciadísimas como eran de reyes y barones, las pingües rentas eclesiásticas que se multiplicaban asombrosamente, el tráfico de los beneficios de la Iglesia era cosa común y corriente; los soberanos les daban, los vendían y á los que los recibían los *investían* como á sus otros vasallos, con la diferencia de que á éstos, cuando eran obispos, les daban en señal de *investidura* el báculo y el anillo, objetos de un simbolismo esencialmente religioso, sin embargo, destinados á los pastores de almas y esposos de la iglesia.—Con los nuevos emperadores alemanes, que disponían como de un feudo de la tierra pontificia (feudo de carácter excepcional, es cierto, y no ordinario como indica Bryce) este estado de cosas empeoró: los beneficios eclesiásticos parecían suyos y cuidaban muy poco de los anatemas inofensivos de quienes bautizaban este tráfico con el nombre de *simonía*, porque según la tradición *Simón* el Mago había querido comprar ó sobornar á S. Pedro.—Otro de los graves problemas era entonces el celibato eclesiástico; cierto, todas las razones morales están en contra de semejante institución substancialmente anti-social, más el carácter especialísimo del sacerdote misionero en aquella época lúgubre, misionero cuyos deberes exigían un desprendimiento absoluto de las cosas terrenas, exigía el celibato. Pero muy pocos lo observaban; una especie de matrimonio inferior, que los romanos llamaban *concubinato*, dominaba en las costumbres clericales. El peligro consistía en que, obtenidos como feudos los beneficios, por hombres que ó eran laicos (los reyes de Francia eran abades de

S. Dionisio) ó eran clérigos casados, tenderían á hacerse hereditarios en las familias y así habría sucedido efectivamente hasta con la silla pontificia; pues la Iglesia, adquiriendo por la herencia el pleno carácter feudal, dejaría de ser católica, para dividirse en iglesias locales ó nacionales, de lo que ya había graves indicios.—El punto objetivo de la Reforma era, pues, la abolición de la simonía y la imposición absoluta del celibato eclesiástico. En las órdenes monásticas, constantes salvadoras de la Iglesia, surgió el remedio, y, eso, simplemente con la renovación de las reglas rigurosas de la vida ascética. El monasterio de Cluny en Borgoña dió el ejemplo; pronto cundió el espíritu fervoroso de sus fundadores y se organizaron vastas asociaciones de monasterios bajo la dependencia de uno solo, de donde salieron verdaderos ejércitos de monjes disciplinados admirablemente y que bajo la enseña cluniacense predicaron la Reforma: la guerra á la simonía y al nicolaísmo (así se llamaba la doctrina contraria al celibato eclesiástico) y la supremacía absoluta del pontífice romano.

A Ottón III sucedió Enrique II, su más próximo pariente, y el movimiento de identificación entre el imperio y la Iglesia se acentuó más; el Emperador Enrique I (segundo como rey de Alemania) dejó en absoluta libertad al pontificado que de nuevo estaba bajo la absoluta dependencia de los condes tusculanos, hizo grandes donaciones á los monasterios y cuando murió fué venerado como un santo. Con él acabó la dinastía de Sajonia y comenzó con el nuevo designado por los príncipes electores, Conrado II, la casa de Franconia (1024). Tomó entonces nuevo vuelo el poder imperial; Conrado fué un protector de la Iglesia, es decir, que la avasalló completamente, repartiendo á su antojo los beneficios eclesiásticos entre sus vasallos, para lucrar y asegurar su dominación, presidiendo concilios, lo mismo en Roma que en Alemania é ingiriéndose en las disposiciones religiosas. Fué un protector de la pequeña nobleza feudal con objeto de disolver la grande, tanto en Alemania como en Italia, en donde los burgueses y los barones menores unían sus esfuerzos para conquistar la libertad contra sus príncipes laicos y eclesiásticos, á quienes Conrado dió el derecho de herencia de los beneficios, pero subordinándolos directamente al emperador. Encarnación de la teoría imperial, Conrado, subalternó al imperio el inquieto ducado de Lorena y se apoderó del reino de Borgoña, tratando como un superior, si no como un soberano, á los reyes de Francia y Dinamarca. Su absorbente política le suscitó serias contrariedades en su reino de Italia y aún no las vencía cuando murió en 1039.—El magno interés de Conrado era fundar una dinastía y, cuan-

do murió, tiempo hacía que había sido nombrado para sucederle su hijo Enrique III. El poder de este monarca superó quizás al de Ottón el Grande. La Iglesia y el Imperio, comprendiendo en él á Italia y Borgoña, se pusieron á los piés de aquel joven piadoso, instruido y que se creía un enviado de Dios, en toda la extensión de la frase; después de impedir por la fuerza la formación de un reino eslavo en Polonia, de sofrenar vigorosamente á los húngaros y de secundar la tentativa de la Iglesia de procurar la paz entre los barones feudales, en Francia principalmente, fué á consagrarse emperador á Roma. Las ideas de reforma, propagadas por los monjes de Cluny, cundían por todo el imperio; muchos obispos declaraban no contentarse con la investidura imperial, sino que tenían por necesaria, á trueque de ser *simoniacos*, la confirmación del papa; Enrique III hizo suya la causa de la reforma, que en el fondo le era odiosa, y con el carácter de reformador de la Iglesia se hizo ungir, no por uno de los diversos papas que por la fuerza ó por el dinero se habían apoderado de la sucesión de S. Pedro, uno de los cuales, el legítimo, Benedicto IX, después de vender á otro su abdicación, había vuelto á ocupar la Sede y estaba á punto de casarse, sino por otro, nombrado por él, á petición de los electores, Clemente II. Ungido emperador con el ostentoso aparato que daba al príncipe aspecto y carácter sacerdotal (ceñía la mitra y vestía la dalmática y la capa pluvial), siguió reinando como si á un tiempo fuera emperador y pontífice: “Yo soy también, decía el emperador á un obispo que se negaba á seguirlo á la guerra, sacerdote como tú y he sido ungido con el santo crisma, que me da el poder de mando sobre todos.” “Con esta diferencia, contestaba el obispo, que tu has sido ungido para dar la muerte y yo para dar la vida.” Todo el conflicto entre el imperio y el pontificado estaba implícito en aquel diálogo. Todavía el emperador nombró dos papas alemanes: León IX que, completamente gobernado por la influencia de Cluny, recorrió la cristiandad predicando y reuniendo concilios que se pronunciaban tímidamente contra la elección de los obispos por los monarcas y señores, que no pudo evitar la consumación del Cisma de Oriente y la separación de las iglesias latina y bizantina de un modo definitivo y que batalló y se reconcilió con los normandos que predominaban ya en la Italia meridional, y Víctor II, bajo cuyo pontificado murió el emperador en 1056, dejando por heredero á un niño de tres años, Enrique IV.—Durante la minoría de Enrique IV se organizó en Italia una poderosa resisten-

cia al imperio, en que entraron los condes de Toscana y sobre todo las condesas Beatriz y su hija, la famosa Matilde, los príncipes normandos que se habían reconocido feudatarios de la Santa Sede y los papas gobernados por los apóstoles de la reforma, entre quienes descollaban, Pedro Damián, un elocuente y fervoroso místico, y un monje de Toscana, educado en Cluny, Hildebrando, que era á la vez un reformista celosísimo y un hombre de acción y de genio, dotado de indomable carácter. Bajo el pontificado de Nicolás II, se proclamó el programa de los reformistas, anatematizando la simonía y sosteniendo el celibato eclesiástico, con todos los recursos morales y temporales de la Iglesia, al mismo tiempo que un concilio sublimaba la misión del sacerdocio, definiendo el dogma eucarístico y afirmando que por medio de la consagración en la misa, el pan y el vino se transformaban en la carne y la sangre de Cristo. Además, la elección del papa debió hacerse desde entonces por los curas y vicarios de las parroquias de Roma, es decir, por los cardenales, lo que suprimía de hecho la intervención del pueblo y mermaba la del emperador.—Los obispos italianos y germanos, enemigos de la reforma y partidarios del emperador, eligieron un anti-papa y provocaron la guerra á la muerte de Nicolás; Hildebrando, que había hecho elegir á Alejandro II, fué el alma de la lucha en que triunfó al fin. El año de 1073 Hildebrando fué nombrado papa con el nombre de Gregorio VII.

El nuevo jefe de la cristiandad, pequeño de cuerpo, de mirada de águila, ardiente y nervioso, tenía el temperamento de uno de esos obispos batalladores é inflexibles que iban al martirio profiriendo anatemas contra sus verdugos; su celo de apóstol por la reforma de la Iglesia, á punto de disolverse, la idea que se formaba de la urgentísima necesidad de consumar la reforma, su convicción de que esa necesidad era el primer deber de todo sacerdote cristiano y el concepto que tenía de la inmensa misión que en este sentido incumbía al jefe del sacerdocio, al Pontífice, hicieron de Hildebrando uno de los individuos más notables que hayan ocupado la silla de San Pedro. Su inquebrantable voluntad, su carácter de acero y la inmaculada pureza de su vida, hacía tiempo que lo designaban para realizar una empresa, de que había sido el alma en los pontificados anteriores. Dió pues comienzo á su misión en cuanto fué consagrado, después de la confirmación de su nombramiento por el rey germánico, que había solicitado. Todos los decretos y anatemas contra los sacerdotes y seglares que traficaban con los

beneficios y los derechos de la Iglesia, y contra los clérigos concubiniarios, fueron renovados y apoyados por terribles excomuniones y por la invitación formal á los pueblos á la desobediencia de sus prelados excomulgados.—Consecuencia de esta supresión absoluta del tráfico de los beneficios ó *simonía* fué la declaración de que la investidura que desde hacía tanto tiempo usaban los reyes y señores con los obispos y abades, por el báculo y el anillo, símbolos de la misión espiritual, quedase terminantemente prohibida y anatematizada cuando fuese otorgada por un laico, pues era atribución exclusiva de la Iglesia. Lo que estaba en cuestión en lo que se ha llamado la *querrela de las investiduras*, era la independencía de la Iglesia respecto del poder civil, cosa justa, necesaria y buena, dado el papel moralizador y civilizador de la Iglesia medioeval.—Mas como los beneficios eclesiásticos y los feudales eran idénticos y como más convenía á los soberanos tener feudatarios eclesiásticos, porque no eran sus feudos hereditarios y podían disponer de ellos periódicamente, y como era éste uno de los recursos más pingües de los reyes, sobre todo de los reyes germánicos, la resistencia tenía que ser vivísima y en ella los mismos obispos que vivían como barones feudales, y que tenían familias, tomaron parte, en gran número. Por donde quiera los sacerdotes casados protestaron ruidosamente, pero los legados pontificales, monjes en su mayor parte, recorrían las comarcas predicando la reforma y la gran mayoría del pueblo aisló á los excomulgados y se entregó frecuentemente á actos de violencia salvaje. Enrique IV entró en la lid; Gregorio reunió un gran sínodo en Roma; el rey germánico convocó otro sínodo alemán y ahí un cardenal acusó al papa de trastornar la cristiandad rodeado de un senado de mujeres y de “tomar para sí toda la autoridad y el poder entregando la administración de todas las iglesias al furor plebeyo, á la *demoeracia*.” En tal virtud, Gregorio fué depuesto; mas el sínodo italiano y la cristiandad permanecieron fieles al reformador, que levantándose por encima de todos los poderes temporales, excomulgó á Enrique, le prohibió ejercer la monarquía y desligó á sus súbditos del juramento de obediencia. Por vez primera un papa despojaba á un soberano de la corona; la Iglesia marchaba de la independencía á la dominación sobre el Estado, e. d., á la *teocracia*. Poco tiempo después, en medio de la conflagración de la Alemania entera, Enrique fugitivo se dirigía al castillo de Canossa, en donde el papa se hallaba bajo el ámparo de la célebre condesa de Toscana, Matilde, que había cedido

sus tierras patrimoniales á la Iglesia, y después de esperar en hábito de peregrino, en medio de crudísimo invierno, que Gregorio se apiadase de él, fué recibido y perdonado condicionalmente. Pero Enrique, muy inteligente y muy versátil, obstinado y débil á la vez, recomenzó pronto la lucha; sus enemigos inspirados por Gregorio eligen un nuevo rey, Rodolfo de Suabia, y una espantosa lucha civil hace correr ríos de sangre en Alemania; Gregorio llama á su tribunal á los dos reyes y pronuncia la destitución de Enrique, que responde haciendo elegir por sus obispos un *antipapa*.—El programa teocrático queda formulado: los monarcas debían estar sometidos al papa, como el cuerpo al espíritu; el pontificado es el sol, el imperio la luna que recibe del sol su luz. Consecuente con esta doctrina que hacía del Vice-Dios [*vice-dio*] un verdadero rey de reyes, Gregorio dispone de los reinos; convierte en rey al duque de Polonia, impide el desmembramiento de los países escandinavos, exige de Guillermo, el duque normando que acababa de conquistar á Inglaterra, un juramento de fidelidad (que éste rehusa), excomulga al rey de Francia y declara á los reyes de España y de Hungría, que sus sendas coronas eran *propiedad de S. Pedro*. Más aun, proyecta una gran cruzada contra los turcos y pretende apoyarse en *sus vasallos*, los normandos de Sicilia, para acabar con el cisma que dividía la Iglesia Oriental de la Occidental, apoderándose de Constantinopla.

Muerto el anti-césar, Rodolfo, y á pesar de otros rivales que le suscitó en Alemania el partido gregorista, apoyado en los sajones, Enrique vino sobre Roma; durante cuatro años se sucedieron los ataques á la ciudad pontificia; Enrique logra ser coronado emperador por su anti-papa (*su bestia* como decía un cronista contemporáneo) y durante meses enteros la batalla continúa en Roma, en los antiguos monumentos convertidos en fortalezas y que quedan definitivamente destruidos, en las iglesias, en las calles. La cristiandad estaba horrorizada de aquella lucha que causó tanta ruina, como las invasiones de los godos y los vándalos. Gregorio estaba á punto de sucumbir en el sepulcro de Hadriano, en que se había refugiado, si los normandos, empeñados en combatir al imperio bizantino, no lo libertan conduciéndolo al Sur en donde murió: "Muerdo en el destierro por haber amado la justicia y odiado la iniquidad," fueron sus últimas palabras; la historia venera al reformador de la Iglesia, al hombre y al apóstol; condena al teócrata, no porque su doctrina no fuera lógica, sino porque

era dañosa é irrealizable; mas las ideas y las condiciones del tiempo en que vivió atenúan su yerro.

La *querrela de las investiduras* continuó mucho tiempo; los hombres de gran carácter que sucedieron á Gregorio y el movimiento de las cruzadas iniciado por ellos, ayudaron mucho á la consecución del designio pontifical. Enrique IV tuvo el dolor de ver á dos de sus hijos sublevados contra él y murió casi abandonado. Uno de esos hijos rebeldes, Enrique V, continuó en el trono la empresa de su padre y obtuvo por la fuerza de un papa débil la confirmación del derecho de investidura; pero el resto de la Iglesia protestó y continuó la lucha, terminada por el concordato de Worms en 1122; el emperador renunció á la investidura espiritual, con tal de que las elecciones se hicieran en su presencia, y con tal de conservar la parte temporal de la investidura. Pero la parte esencial de la Reforma se había logrado; el celiato eclesiástico, la extirpación de la simonía y la libertad de las elecciones canónicas. Con Enrique V terminó la casa de Franconia en 1125.

## EL RÉGIMEN CATÓLICO FEUDAL.

1. Estado del mundo feudal en los comienzos de las cruzadas.—2. El imperio bizantino.—3. Los mahometanos.—4. Las cruzadas, Siglos XI y XII.—5. Los municipios en el Siglo XII.

1. Mientras el imperio romano-germánico se obstinaba en la teoría de una quimérica supremacía en Occidente, otros pueblos destinados á sobrevivirle, seguían condensándose y organizándose junto de él, pero fuera de su alcance; los escandinavos en Dinamarca y Suecia y Noruega; los eslavos en Polonia y Bohemia; los magyares en Hungría, se mezclaban más directamente á la vida imperial por el Norte y el Este; los ingleses, los franceses y los españoles avanzaban hacia la unidad nacional más ó menos lentamente, pero con más libertad; en éstos nos ocuparemos someramente.—*Los Capetos*. Durante todo el siglo XI, los descendientes de Hugo Capeto, el rey hechura de la Iglesia, se contentaron con vivir; tuvieron, como todos los monarcas de entonces, sus disidencias con la Iglesia, de las que no salieron mal librados; sus conflictos con el imperio alemán que poseía dentro de

Francia el ducado de Lorena y el reino de Borgoña, y sus interminables luchas ó con los grandes vasallos ó con sus vasallos patrimoniales en la región central de Francia que se llamaba *el dominio*; hubo alguno de estos, que, en su castillo de Monthlery, hiciera frente años y años al rey de Francia, que al fin obtuvo *por herencia* lo que pretendía poseer por la fuerza.—*Los normandos.* Entre los grandes vasallos del rey de Francia, los duques de Normandía hacen gran papel en el siglo XI; convertidos en franceses por la singular aptitud de asimilación que les era característica, los normandos no perdían sin embargo el temperamento aventurero que los había distinguido. Las peregrinaciones á Italia, á Grecia, á la Tierra Santa, no eran para ellos más que aventuras; la flor de los guerreros normandos batalló en España durante el siglo XI contra los musulmanos ó luchó, acaudillada por los *catapanes* griegos, contra los sarracenos en Sicilia. Más tarde, Roberto Wiscard y su hermano volvieron á los normandos contra los griegos y conquistaron la Sicilia musulmana y buena parte de la Italia meridional, de donde nació el reino de las Dos Sicilias, bajo el patrocinio del papa, soberano honorario del nuevo reino normando, que fué un centro de tentativas en contra de la integridad del imperio bizantino, lo que no tuvo poca influencia en las cruzadas. Pero la empresa normanda de mayor trascendencia en el Siglo XI, fué la conquista de Inglaterra. Los reyes daneses habían dominado en la Isla británica hasta mediados del Siglo; pero su empresa de mantener la unidad interior de Inglaterra y de intervenir en la marcha de los países escandinavos, era imposible. Un movimiento de emancipación, secundado por el más hábil guerrero de aquella época, Godwin, llevó al trono á un príncipe de la antigua raza inglesa, virtuoso y débil, Eduardo el Confesor, y éste á su muerte dejó el cetro inglés á Harold, el hijo de Godwin; tiempo hacía que los normandos codiciaban la Isla y muchos de ellos se habían establecido allí. A la sazón gobernaba á los normandos, Guillermo, hijo del último duque y de una mujer del pueblo. Era un hombre enorme, de una fuerza prodigiosa y de fisonomía salvaje; su bravura era deses- perada, su crueldad singular aun en aquellos tiempos crueles; sujeto á accesos de ira terribles y despiadado en sus venganzas, aquel vástago feroz de los feroces *vikings* del mar del Norte, no carecía ni de apego á los débiles ni de instinto político. Sostenía que Eduardo le había prometido el trono de Inglaterra é invadió la isla con este pretexto en 1066, con un ejército de franceses en que preponderaba el elemento

normando. En la batalla de Senlac (Hastings, dicen los franceses) tras espantosa lucha, venció á Harold que pereció combatiendo; se declaró entonces rey y aunque en una campaña posterior reprimió de un modo salvaje las últimas tentativas de resistencia, reinó como un príncipe anglo-sajón. Terminada la conquista cifró todo su afán en impedir que se formase en la isla una nobleza feudal por el estilo de la francesa, de la que él formaba parte, y que hacía en extremo insignificante el papel de los Capetos; los barones lucharon pero fueron sometidos. La misma independencia de la monarquía inglesa sostuvo contra la Iglesia, negando á Gregorio VII el juramento de fidelidad que éste exigía, por haber bendecido la expedición de los normandos contra Harold, el perseguidor de frailes, y en esta actitud le apoyó un sacerdote lombardo, Lanfranc, que era su ministro. Guillermo II, el Rojo, heredó el reino inglés y siguió la lucha contra los barones, apoyado en el pueblo insular; pero cuando su terrible despotismo alcanzó á la Iglesia, que en realidad estaba bajo la absoluta dependencia de la corona y al frente de ella se encontró un hombre íntegro y puro, S. Anselmo, italiano que había contribuido tanto á la reputación del monasterio normando de Bec y que puede considerarse como el fundador de la teología medioeval, entonces un espíritu de emancipación corrió por la nación entera. Guillermo II murió, asesinado probablemente, y su hermano menor, Enrique (I), se alzó con el reino, á pesar de que el mayor de los hijos del Conquistador, Roberto, estaba en la Cruzada. Enrique promulgó ordenanzas que libertaban de exacciones despóticas á la Iglesia, que convertían en regulares los tributos exigidos á la nobleza y que aseguraban buena justicia al pueblo. Estas ordenanzas son el antecedente de la *Carta Magna*.—Enrique casó con una descendiente de los antiguos reyes, y esto significaba que el trabajo de fusión de todas las razas conquistadoras de Inglaterra estaba á punto de operarse; esta fusión se observaba sobre todo en las ciudades, donde generalmente la burguesía rica era de origen francés y que se supo mantener libre en medio del despotismo general. La *carta* otorgada á Londres, fué el modelo copiado por muchas otras; el Rey cedió á esta ciudad el derecho de justicia; todo ciudadano tenía derecho de ser juzgado por sus iguales en el tribunal comunal, por juramentos y no por la prueba del duelo judicial, según la costumbre normanda; su comercio fué protegido contra las exacciones feudales en todo el reino y, sin embargo, todavía no estaban gobernados por una

corporación comunal, aunque ya existían los gremios ó asociaciones "guilds" de donde iba á salir la Comuna. Enrique había conquistado el ducado de Normandía y al morir sin heredero directo en 1120, el reino pasó, después del reinado de Esteban de Blois, á un nieto del primer Enrique por la línea femenina y con él á la *Casa de Anjou* (1154)

La conquista normanda dió origen á una situación que contenía en germen las instituciones que habían de tener tamaña influencia sobre la historia general. La monarquía fundada entonces fué netamente administrativa, completamente distinta de las monarquías feudales del Continente. Desde luego el Conquistador sólo podía distribuir un pequeño territorio, tal como convenía á las facultades administrativas de un reino del siglo XI (era cuatro veces y media menor que Francia). Esta distribución hecha bajo la vigilancia de la Corona, se hizo de modo que los grandes vasallos tuviesen sus dominios diseminados en todo el territorio; el mayor de ellos tenía 793 castillos repartidos en veinte condados; ninguna jurisdicción se extendía á un condado entero; el resultado era que ningún barón podía, sin grave dificultad, reunir todas sus fuerzas. Muchos de los barones se llamaban condes, pero no ejercían derecho alguno de gobierno, con excepción de dos encargados de guardar las fronteras: el de Chester y el de Durham; el agente del gobierno real era el *vizconde* ó *sherif* á cuyas órdenes estaban todos los vasallos menores de la Corona, con la circunstancia de que los vasallos de los barones, lo que no sucedía en Francia, prestaban al rey juramento de fidelidad. Los nobles ingleses eran, pues, grandes señores rurales, pero no soberanos territoriales. En cambio el monarca era poderosísimo, la prueba es que Guillermo I pudo hacer el registro ó catastro de la propiedad raíz [*domesday-book*] en todo el reino para basar el impuesto y establecer un régimen fiscal que llegó á ser intolerable. Esta monarquía riquísima en dominios territoriales propios y soberana en todos, tenía un cuerpo de agentes importantísimo. El rey tenía una corte ú oficina dividida en dos ramas, la fiscal y la judicial, que derramaba sus agentes en todo el territorio; los principales eran los vizcondes y los *jueces ambulantes*, encargados de llevar la justicia real por todas partes; servían de lazo entre la autoridad central y la local. Cuando estos jueces establecían su tribunal en un condado, todo el mundo, desde el más altivo barón abajo, estaba obligado á ayudarla. Si á todo esto se agrega un sentimiento vivaz y precoz de la unidad nacional, debido á la situación insular del reino, se comprenderá cuán distinto era de los continentales.

*España.*—Por tres partes había comenzado en España la obra de la *reconquista* cristiana: en los montes de Asturias, donde bajo la dirección de caudillos godo-hispanos los indígenas habían resistido á la invasión y formado una ruda monarquía militar que se llamó el

*reino de Oviedo*; en el Pirineo Occidental, donde del grupo *vascón* surgió el reino ó señorío de Navarra, y en la Marca hispánica, ó marca ó tierra gótica (Gothland ó Gothalandia ó Cataluña), donde el feudatario de los reyes francos asumió bien pronto su independencia con el nombre de *conde de Barcelona*. Todos esos embriones de la futura España, apenas tenían significación en el imperio árabe-hispano, que con el nombre de *Andalus* se constituyó por los comienzos del siglo X en un califato como el de Bagdad. Bajo el reinado de Abderramán III, los pequeños emiratos y ciudades independientes en que la península se dividía, formaron parte de una monarquía administrativa y absoluta, cuyo jefe ó califa desplegó vastísima inteligencia. Entonces, cuando todo el Occidente europeo estaba sumergido en la barbarie, Córdoba era un prodigioso centro de cultura con medio millón de habitantes, 3,000 mezquitas, 11,300 casas y gran número de escuelas, y el califato español dominaba el Mediterráneo Occidental. Sin embargo, los cristianos avanzaban palmo á palmo, edificando castillos y levantando pueblas, villas ó ciudades que iban marcando las fronteras sucesivas y adonde atraían pobladores á fuerza de promesas de privilegios ó *fueros*, que las constituían en comunas militares, casi autonómicas; gracias á esta política, los navarros y catalanes avanzaron al Ebro y los asturianos al Duero, lo que les permitió constituir el nuevo *reino de León*; sin embargo, todo aquel trabajo vino por tierra cuando á fines del siglo X gobernó á Córdoba con el título de *hagib*, que corresponde á la función de mayordomo palatino de los francos, el personaje que recibió con el tiempo el nombre de Almanzor [*protégido de Alah*]. En cincuenta campañas recuperó toda la península, se apoderó de las tres capitales, León, Pamplona y Barcelona y saqueó el santuario de la reconquista erigido á Santiago en Asturias; vencido al fin por un supremo esfuerzo de los cristianos unidos, murió Almanzor y el califato entró en plena decadencia en el siglo XI, en que á la influencia árabe pura sucedió la árabe-berberisca ó mora; tuvo todavía días de esplendor que interrumpían un período de anarquía espantosa, hasta que antes de los trescientos años de la venida á España del primer Abd-er-Rahman, vástago de los Umayyads, desapareció para siempre, dejando á la España árabe irremisiblemente dividida y débil.—Al mismo tiempo que desaparece el Califato, surge en España el reino de Castilla; en esta comarca ganada trabajosamente á los mahometanos y frecuentemente perdida y vuelta á recobrar, los castillos (de

Castel, Castilla) se multiplicaban y sus castellanos se agrupaban en derredor de diferentes condes; cuando las necesidades de la defensa impusieron á estos condes un solo jefe, el rey de León se encontró con un vasallo á punto de ser más poderoso que él, el conde de Castilla; y cuando este jefe era un caudillo como Fernán González [Siglo X] el vasallaje se tornó independencia. Los enlaces de familia dieron á Sancho el Mayor, rey de Navarra, las coronas de Navarra, León y la conda de Castilla, precisamente al declinar el Califato; cuando este rey iba á morir, tornó á repartir el reino, pero creando dos más, el de Castilla y el pequeño de Aragón, que sus bravos monarcas ensancharon bien pronto hasta el Ebro. El siglo XI, es el siglo épico de las hazañas castellanas: todas las personifica el famoso Ruy Diaz de Vivar, *el Cid campeador*, que decían los musulmanes. Altivo con sus soberanos, bueno con los humildes, vengativo, invencible é infatigable, sirviendo un día á los reyes de Castilla, otro á los emires mahometanos, ganándose un reino con la punta de su *tizona* (el de Valencia), sus hechos transformados por el entusiasmo y la imaginación popular lo convirtieron en el centro de mil leyendas y de uno de los ciclos épicos más antiguos de la poesía heroica-popular de España. El rey Alfonso VI, al finalizar el siglo XI, ensanchó su reino castellano hasta el Tajo, apoderándose de la judía Toledo, la antigua capital de los godos, y tomó el título de Emperador. Es verdad que este hecho atrajo sobre España una gran invasión de árabes africanos, la de los *Almoravides*, que vencieron á Alfonso y se apoderaron de España; pero Castilla sólo se detuvo algún tiempo en el camino de la reconquista.

Si el siglo X recibió de los hombres que en él vivieron el nombre de Siglo de fierro, no lo merecía menos el XI. Las mismas calamidades públicas (hambres, pestes), originadas por la falta completa de seguridad, por el abandono de los campos ante la guerra que, ya lo dijimos en un anterior capítulo, señoreaba toda la Europa de Occidente: guerra individual (torneos, duelos judiciales), guerras privadas (de señor á señor, de castillo á castillo), guerras públicas entre los soberanos, tal era la terrible gerarquía de muerte que pesaba sobre la población del trabajo y la miseria como una maldición inexpiable. Papas, obispos y abades guerreaban también ó personalmente ó por medio de sus agentes, aunque la Iglesia en cuerpo protestaba en nombre de su misión de paz. Los monjes y luego los concilios comenzaron en el mediodía de Francia á predicar *la paz de Dios*, la supresión de la guerra; pero tal empresa equivalía á suprimir el modo de ser del mundo feudal; hubo necesidad de contemporizar con las costumbres, y la Iglesia predicó *la tregua de Dios*, es decir, la

guerra debía suspenderse ciertos días de la semana y en ciertas fiestas del año, bajo pena de excomunión; pronto cundió la idea, y los grandes, los reyes y el emperador la tomaron bajo su patrocinio.—Hizo más la Iglesia, dió á la nobleza feudal una misión y un carácter religioso, transformando *la Caballería*. Esta institución provino de una costumbre germánica (entrega pública de las armas al joven guerrero: Tácito, Germania XIII) conservada al través de las invasiones y que tomó incremento cuando á la antigua infantería de la época de la invasión sucedió como arma principal la caballería, al grado de que todo barón feudal era forzosamente caballero. Por el siglo XI la institución se organizó y regularizó y los deberes caballerescos fueron la fidelidad y la lealtad, originados de las relaciones del vasallo con el soberano, la protección á los débiles y necesitados, que fluían de las relaciones de soberano á vasallo, y la bravura y el honor, sentimiento peculiar de aquel tiempo y aquella sociedad. La Iglesia intervino y convirtió á la Caballería en un sacramento feudal y al caballero en algo así como un sacerdote militar. Al salir de manos de la familia, el noble adolescente pasaba al castillo del soberano, del rey á veces, á ser doncel ó paje y comenzaba su educación militar; luego se convertía en *escudero* y acompañaba al señor á la caza, á la guerra. Pasados los quince años, era armado caballero, preparándose por medio del ayuno y la oración; después de velar sus armas en la capilla castellana y de recibir la eucaristía, revestía su traje de fierro, su espada y sus espuelas, todo bendito y juraba, además de sus deberes feudales, el de proteger la Iglesia y combatir á los infieles. Poco á poco la caballería se trocó en una vasta afiliación cristiana que se extendió por la Europa entera. Luego se complicó con un simbolismo místico y refinado y degeneró en una institución galante y novelesca. Por medio de la caballería logró la Iglesia hacer entrar un elemento de piedad y misericordia en el corazón férreo de los hombres feudales. Pero empresa mayor acometió todavía: la de dirigir todo el esfuerzo del feudalismo cristiano hacia un fin militar y religioso á la vez; de este pensamiento nacieron *las Cruzadas*.

2. Mas en el camino de las cruzadas, cuyo objeto ostensible era reconquistar el *Santo Sepulcro*, estaba el imperio bizantino. Lo hemos visto entregado por completo á las luchas que suscitó la tentativa de reforma religiosa de los emperadores iconomacos, á la que se opuso tan vigorosamente el episcopado en Occidente, acaudillado por el Papa; estas luchas no impidieron que uno de esos emperadores heréticos, León III, salvase á la cristiandad en 716, dejando á la invasión árabe quebrantada para siempre bajo los muros de Constantinopla. La dinastía macedónica [fundada por un general que había empezado por cuidar de los establos, Basilio] inauguró el gran período de la reconstrucción territorial del imperio, después de la reacción que acabó con

la reforma religiosa y restableció definitivamente, á mediados del siglo IX, por medio de un concilio ecuménico, el culto de las imágenes. Dos siglos duró el reinado de los macedónicos, que desaparecieron al mediar el XI; al par que varios príncipes de esta dinastía, cuando fueron menores, reinaron hombres de temple superior, como Romano Lecapeno, Nikeforo Fokas, Juan Zimiscés, y aunque estas especies de regencias fueron ocasionadísimas á usurpaciones que se intentaron varias veces, la opinión de los *demos* en que estaba dividido el pueblo de Constantinopla, las impidió ó las corrigió severamente, manteniendo en el trono á los porfirogénitos [e. d., nacidos en la púrpura ó legítimos]. En los dos siglos citados no escasearon ni las intrigas de palacio, ni los crímenes, pero el conjunto es singularmente grandioso porque jamás brilló tanto el helenismo medioeval, reunido en un solo Estado, según el deseo de Aristóteles y teniendo por focos principales las universidades de Constantinopla y de Athenas. El imperio recobra una parte del archipiélago (Kreta, Kypre) y de la Siria (Antioquia) y empuja sus expediciones hasta el Eufrates; por el lado de Europa destruye el poder del imperio búlgaro que dominaba en una buena parte de la península de los Balkanes, vence y se adhiere á los rusos cristianizados por los misioneros bizantinos y se rodea de una zona de pequeños estados tributarios en Italia misma [Gaeta, Amalfi, Venecia]. Constantinopla es la primera plaza mercantil del mundo y sus flotas llevan á todos los puertos del Mediterráneo los productos bizantinos: telas, joyas y platerías, trabajos en marfil. Esta prosperidad servía para enriquecer prodigiosamente el tesoro y costear los gastos de una fastuosísima corte y de una sabia y complicada administración.—Por desgracia la separación del mundo oriental y occidental se hizo definitiva con la larga lucha emprendida por el sabio y orgulloso patriarca de Constantinopla, Focio, en mitad del siglo IX y después de mil peripecias consumada por otro patriarca, Miguel Cerulario, en 1054, lucha que se llama en la historia el *Cisma de Oriente*. Una cuestión dogmática que giraba entera en derredor de la palabra *filioque* introducida en el símbolo de la fe por los latinos (lo que atañía al misterio de la Trinidad en que el Espíritu procedía sólo del Padre, según los griegos, y según los romanos, del Padre y del Hijo) y otra anti-quísima rivalidad por la supremacía, hicieron la separación irreparable.—En el siglo XI, la dinastía de los Comnenos substituyó á la macedónica y comenzó un largo período de anarquía que se complicó

con los ataques de los turcos en Asia Menor y de los normandos en Iliria; á todo se había sobrepuesto Alexis Comneno cuando llegó á Constantinopla el gran ejército cruzado, ¿era auxiliar ó conquistador?

El *basileo* bizantino (que también se llamaba como el germánico *rey de romanos*) era, primero un jefe de la Iglesia, como su antecesor el César pagano había sido un Sumo pontífice; no podía, como el César, ser Dios, pero era un vicario de Cristo, quien á su vez era considerado como el eterno y real emperador de Constantinopla. Dentro de los templos, el basileo ejercía las funciones del diaconado y penetraba en el tabernáculo (*ikonostasis*); fuera del templo era un personaje eminentemente eclesiástico, un sacerdote, como el concilio de Kalkedonia lo había proclamado; y por eso la consagración imperial, imitada luego en Occidente, era un verdadero sacramento, una unción que se suponía ejecutada por el Cristo mismo; tanto que en ciertas ocasiones, como en la fiesta pascual, el emperador tomaba la figura del Redentor y se presentaba con el cuerpo envuelto de bandillas doradas, como el del Cristo en la tumba, la cintura rodeada de un sudario, el cetro en forma de cruz en una mano y en la otra la *akakia*, bolsa de tela purpúrea llena de polvo de las tumbas (Schlumberger). Su traje era sacerdotal; sobre la klámide ó alba, se ponía una especie de casulla de tisú de oro y pedrería, su diadema era una tiara de la que colgaban por ambos lados dos *prependulias* de gemas preciosas, que se cerraban bajo la barba y que lo hacían aparecer rígido, hierático y mudo como un ídolo incrustado en su trono áureo, perdido entre el incienso, rodeado de un mundo de oficiales y de sacerdotes que entonaban cánticos y letanías en alabanza del Cristo, de la madre de Dios, particularmente adorada en Bizancio y del dueño del Universo, del *autokrator kosmikos*, del emperador ecuménico. Esta inmensa autoridad estaba de hecho limitada por un clero poderosísimo y no siempre sumiso, por la opinión pública, que se expresaba en epigramas y canciones, por la incomparable claridad y fijeza de las leyes romanas, y, sobre todo, por las intrigas de palacio, en que tomaban parte los silenciarios, los kilarios, todos eunucos, los patriarcas, á veces eunucos también, y sobre todo, las emperatrices, cuando eran de la talla de las Irenes, de las Theodoras, de las Theofanos.—En resumen, mientras la Europa de Occidente apenas balbuceaba los primeros rudimentos de la civilización, un imperio, que las revoluciones interiores no bastaban á desorganizar, vivía de una cultura refinada en la ciencia, en el arte, en la literatura, conservaba fielmente el depósito de las letras antiguas, educaba al pueblo árabe, cristianizaba á los eslavos y establecía un dique poderoso contra la invasión asiática, dique que no hubieran destruído los mahometanos, si antes no lo hubiese desbaratado la Europa Occidental que había podido, gracias á él, organizarse y cobrar fuerzas.

3. La dinastía de los Abbasidas que había surgido en derredor de su pendón negro, de la sangre de los Umeyahs, desdeñó el oasis de Da-